

Bioética y Cine

"Gattaca"

JOSÉ LUIS PÉREZ TRIVIÑO

➤ **José Luis Pérez Triviño.** Profesor Titular de Filosofía del Derecho de la Universidad Pompeu Fabra.

Uno de los puntos centrales de *Gattaca*, la estupenda película de Andrew Niccol (en mi opinión la mejor película de ciencia-ficción junto a *Blade Runner*), está relacionado con el poder que han adquirido los seres humanos en el ámbito de la procreación. Aunque la película está situada en un futuro cercano pero incierto, en la actualidad tal poder de manipulación ya es real y por ello, la reflexión moral se enfrenta a una serie de problemas que podríamos calificar de acuciantes y novedosos. Acuciantes porque nos exigen respuestas cada vez más urgentes y novedosos al plantearnos cuestiones que hasta el momento no habíamos podido ni siquiera imaginar. Una gran parte de estas cuestiones tienen una misma causa: el espectacular y veloz desarrollo que han experimentado las técnicas de reproducción humana asistida, las cuales han provocado que la procreación, que parecía constituir una esfera en la que regía el azar, parece hoy cada vez más un ámbito donde reina la elección, la voluntad de los seres humanos. Y esto genera preguntas morales de hondo calado, como son las que tienen que ver con la posibilidad de elegir el sexo de los hijos, las posibilidades de la manipulación genética o incluso la no muy lejana capacidad de clonar individuos.

Este es precisamente uno de los asuntos centrales de *Gattaca* (acrónimo de las cuatro iniciales de las proteínas que forman el ADN: A, G, T y C, adenina, guanina, citosina y timina) que se ocupa de un futuro relativamente cercano donde los padres, gracias a los avances en la medicina genética, tienen la posibilidad de configurar el material genético de sus hijos. Antes de la gestación, los em-

briones son filtrados para evitar enfermedades y cualquier otro rasgo que pueda calificarse de indeseable. De esa forma, el nuevo ser creado en el laboratorio es un "ser válido", un individuo con todas sus capacidades desarrolladas al cien por cien. Un ser casi perfecto.

Vincent Freeman (Ethan Hawke) es uno de los últimos 'inválidos', un ser concebido en amor antes de que los nacimientos en tubos de laboratorio se generalizaran. Pero las pruebas de ADN realizadas tras su nacimiento muestran que tiene un 99% de posibilidades de desarrollar un defecto del corazón y de morir antes de que cumpla 30 años. En la sociedad descrita en la película, esta circunstancia física lo condena a una vida de segundo nivel debido a la poca cualificación profesional que le permiten su menguadas dotes físicas. En el mundo de *Gattaca*, la vida de los individuos viene determinada por su composición genética. Son significativos los análisis de saliva o de un simple pelo para conocer todos los detalles biológicos de un eventual novio o trabajador. Por eso, los "defectos" genéticos de Vincent le impiden realizar su sueño de ser astronauta. Su padre en un momento de la película le dice "hijo, la única vez que pisarás el interior de una nave espacial será si te ocupas de su limpieza."

Precisamente, para compensar el "fallido" nacimiento de Vincent, los padres deciden tener otro hijo, pero en lugar de tenerlo por "amor", lo tienen en el laboratorio genético con el resultado de traer al mundo un individuo *válido*. Entre los dos hermanos surge una fuerte rivalidad que les lleva a estar continuamente compitiendo por ver quién es más fuerte,



más veloz, más inteligente. Pero el hermano válido siempre vence a Vincent en todas las competiciones en las que participan. Sin embargo, Vincent no cesa en su empeño de ser astronauta. Finalmente, abandona a su familia e inicia un periplo de sacrificios físicos con el objeto de llegar a tener las capacidades de los válidos. Al ser consciente de que por ese camino nunca logrará su meta, decide suplantar la identidad de uno de éstos, Jerome (Jude Law), un super-atleta que, debido a un accidente, debe ir en silla de ruedas. Ambos llegan a un acuerdo por el que Jerome "le presta su cuerpo, y Vincent le dona sus sueños". De esa manera Vincent alcanza su objetivo y entra en la escuela de astronautas. Pero antes de poder embarcar se verá envuelto como sospechoso en el asesinato de uno de los responsables del vuelo a Titán. La casualidad lleva a que uno de los investigadores sea su hermano, lo cual le conduce a tener que enfrentarse de nuevo a él. Así se reproduce entre ellos uno de los desafíos que tenían en el pasado, ver quién nada más lejos. Vincent finalmente logra vencerlo y así, embarcar en la nave que le alejará de un mun-

Bioética y Cine



do para el que no estaba hecho “a la medida”.

En efecto, *Gattaca* aborda un tema central como es la eugenesia. Esta técnica supone la posibilidad de intervenir en el ADN con el objetivo de perfeccionar a los nuevos seres. Curiosamente, la forma helicoidal del ADN se repite en varios momentos de la película, de manera especial en la escalera de la casa de Jerome. No deja de ser curioso también que el segundo nombre de Jerome sea “Eugene”, nombre derivado del latín que significa “con buen origen, bien nacido”. De nuevo, la referencia a la eugenesia es manifiesta. Tampoco debe ser casual que su apellido sea “Morrow” que en inglés significa “el día siguiente” o el “futuro cercano”. En contraste con Jerome, Vincent (el “vencedor”) apellidado, Freeman, “hombre libre”, es el individuo libre que logra sobreponerse a los obstáculos de la determinación natural/genética.

En realidad la película muestra la conexión que posiblemente exista en el futuro entre el dominio del espacio y de las células. No es casual que uno de los pósters publicitarios de la película muestre un círculo formado

con una parte de una célula humana y otra de un planeta, dando a entender la vinculación entre ambos fenómenos. No en vano al final de la película, Vincent, ya en la cápsula espacial, realiza la siguiente reflexión: “cada átomo de nuestro cuerpo formó parte alguna vez de una estrella... quizá no me esté marchando, quizá esté yendo a casa”.

En la actualidad, la medicina ha desarrollado técnicas que posibilitan someter los embriones a una prueba genética preventiva. Dicho método se ofrece a los padres que desean evitar el riesgo de transmisión de enfermedades hereditarias. Ya es factible remediar ciertas enfermedades graves condicionadas genéticamente a través de ciertas intervenciones correctivas en el genoma. Pero no es nada improbable que de una intervención correctora pueda pasarse a una intervención *perfeccionadora*. Por ejemplo, ya son posibles tratamientos que mejoran la memoria, la musculatura, la altura y la selección genética del sexo. Baste un ejemplo, desde los años ochenta existe un uso de la hormona humana del crecimiento para el supuesto de niños con deficiencias hormonales que los haga manifiestamente más bajos que el resto. Sin embargo, en 1996, el 40% de las prescripciones de dicha hormona fue para niños cuya escasa altura no estaba relacionada con ningún problema médico. Y una vez dado este paso, ¿por qué no suministrar la hormona a los niños, no bajos, pero que quieren ingresar en un equipo de baloncesto? Esto lleva a cuestionarse si existe la obligación general de generar seres que tendrán una vida dichosa.

Lo que precisamente sugiere *Gattaca* es el contraste entre los hijos naturales y los hijos perfeccionados genéticamente y lo que nos plantea es la justificación de la eugenesia:

¿tienen los padres derecho o están legitimados para intervenir genéticamente en los hijos para perfeccionarlos?

La pregunta es pertinente pues intuitivamente pareciera que una intervención de estas características no plantea dudas: ¿por qué limitar el avance técnico en este campo y su aplicación para que los individuos mejoren sus potencialidades? ¿qué diferencia habría con la educación, mediante la cual también pretendemos que nuestros hijos mejoren y perfeccionen sus talentos y capacidades? ¿por qué deberíamos conformarnos con nuestra suerte en la lotería genética?

Hay razones que abonan tanto la legitimidad de este tipo de intervenciones como también argumentos que nos llevan adoptar una posición algo más prudente al respecto. Al respecto, me limitaré a señalar tres posiciones, una primera completamente favorable a la intervención genética perfeccionadora. Esta sería la posición de Savulescu. En segundo lugar, una posición completamente opuesta es la negadora a la intervención genética perfeccionadora sobre la base de que supone intervenir sobre un don que se nos ha otorgado. Esta sería la posición de Sandel. En tercer lugar, analizaré una posición también negadora de la intervención genética perfeccionadora, pero que apoya sus pretensiones en la afectación a la autonomía del nuevo individuo. Esta sería la posición de Habermas.

Para algunos bioéticos, como es el caso de Julian Savulescu, la salud no es valiosa intrínsecamente, sino en la medida que, instrumentalmente, aumenta nuestra autonomía. Por esta razón, los padres comprometidos con la autonomía de sus hijos no sólo tienen el deber de promover la salud de éstos, sino también están obliga-

dos moralmente a modificarlos genéticamente para mejorar sus capacidades. Así pues, los padres deberían hacer uso de todos los avances tecnológicos para manipular su memoria, altura, o cualquier otra capacidad o rasgo del carácter para que tengan las mayores oportunidades que les permitan llevar una vida mejor.

Una tesis opuesta es la que representa un autor como Sandel quien sostiene que es necesario reconocer el carácter recibido de la vida, lo cual implica reconocer que los talentos y capacidades no son plenamente nuestros, sino que somos depositarios de ellos y que por lo tanto, no todo uso de ellos está permitido. En lo que respecta a los hijos, esta concepción conduce a aceptarlos tal y como son, no como objetos de diseño o de la voluntad de los padres (de su ambición, en muchos casos). Para esta postura, la única intervención legítima sobre los hijos es aquella dirigida a curarlos de las enfermedades. Al limitar los padres su interferencia a estas funciones, no se convierten en diseñadores ni convierten a los hijos en simples instrumentos de su voluntad. El problema de esta posición está en la dificultad en distinguir entre la ayuda que prestan los padres a sus hijos por medio de la educación y la formación y la que se llevaría a cabo por *ciertas* técnicas de optimización genética? ¿Qué diferencia sustancial habría entre unos padres que pagan las escuelas más caras, contratan a tutores privados etc., para proveer la mejor educación para su hijo y que ello redunde en las mejores oportunidades y los que pagan por unas pastillas que mejoran su altura o su memoria?

Interesa señalar que quien adopte la posición de Savulescu, favorable a cualquier intervención perfeccionado-

ra sobre la base de que no produce daño al individuo sino que lo mejora, debe enfrentarse a la objeción según la cual tales intervenciones suponen una afectación no baladí a los fundamentos genéticos de nuestra existencia, que a su vez sirven de guía para nuestra propia vida y para nuestra autocomprensión como seres morales.

Habermas expone cuál es una de las consecuencias menos aceptable de las técnicas eugenésicas al preguntarse si la transformación genética supondrá un incremento de la autonomía o más bien puede significar un socavamiento de la autocomprensión que tienen los individuos acerca su propia vida¹. En definitiva esta cuestión es la que aparece en *Gattaca*, pues aunque los denominados individuos válidos han visto aumentada su autonomía, al menos en lo que se refiere a las potencialidades de su cuerpo, la autocomprensión de sí mismos como seres autónomos en lo que se refiere a ser responsable de su propia biografía puede más bien disminuir.

El problema real de la intervención genética incluso cuando es guiada o establecida por los propios padres (y no únicamente por los médicos u otra autoridad estatal) es que pone en riesgo, paradójicamente, la autonomía personal bajo el amparo de un cierto perfeccionamiento. El riesgo de instrumentalización parece actualizarse, pues los padres vinculan a la decisión sobre el programa genético de su hijo unas intenciones que después se transformarán en expectativas respecto al mismo pero sin conceder al destinatario la posibilidad de revisión.

En la situación descrita los padres deciden la configuración genética de su hijo pero sin atender a su volun-

tad. Y aunque también es cierto que cuando se tiene un hijo sin que medie intervención genética tampoco se le pide opinión, en el primer caso, los padres imponen irreversiblemente sus preferencias cosa que no ocurre en el nacimiento natural. Las consecuencias para el hijo cuando compruebe que su identidad es el fruto de las elecciones de unas terceras personas, aunque sean sus padres, pueden ser más que notables en su propia autocomprensión moral. La conciencia de no ser el autor de las propias acciones y pretensiones parece que puede repercutir en su identidad, y a la vez, en su comprensión de no ser el único artífice de una biografía de la cual no es responsable. Por esta razón, el individuo que ha sido intervenido genéticamente no puede verse a sí mismo como un hecho natural, sino que interpreta que el programador ha actuado con una voluntad determinada sin contar con su consentimiento. La intervención genética *ata*, así, a la persona afectada a un determinado plan vital y en cierto sentido, condiciona su libertad para elegir una vida propia o al menos, le impide retomarla, variarla o revisarla en un sentido fuerte.

En parte quizá para evitar los problemas morales que plantea esta última concepción algunos autores han apostado por lo que se denomina una "eugenesia liberal", es decir, una optimización genética no coercitiva y que no limita la autonomía de los hijos. En esta práctica el Estado no establece cómo deben ser los hijos, y la interferencia de los padres no es absoluta, pues sólo podrían diseñar aquellas capacidades o rasgos optimizadores sin condicionar sus elecciones de planes de vida. Ahora bien, para que una posición como esta no conduzca a un mundo como *Gattaca*

1. Habermas, Jürgen: *El futuro de la naturaleza humana. ¿Hacia una eugenesia liberal?*, Paidós, Barcelona, 2002 [Suhrkamp Verlag, Francfort, 2000]. Pág. 45.

Bioética y Cine

las técnicas optimizadoras deberían ser asequibles para todos los padres de forma que no se produjera una división entre individuos de primera y de segunda categoría.

No obstante, quizá la diferencia con *Gattaca* no fuera tanta y probablemente, sea inevitable que en el futuro nos enfrentemos a desafíos acerca de nuestra comprensión moral del mundo, en concreto, la asignación de la responsabilidad y la distinción entre azar y voluntad. Al respecto indica Dworkin que “el uso más significativo de la distinción entre azar y elección es el de la

asignación de responsabilidad personal y colectiva y es aquí donde existe el mayor peligro de inseguridad moral.” Y a partir de esa constatación Dworkin expresa sus mayores temores provocados por los avatares de la ingeniería genética:

“El terror que muchos de nosotros experimentamos al pensar en la ingeniería genética no es un temor fundado en lo que es incorrecto, antes bien, es el temor de perder nuestro asidero sobre lo que es incorrecto... [tenemos] derecho a preocuparnos por el hecho de que nuestras convicciones morales tradi-

cionales resultarán socavadas, de que nos encontraremos en una especie de caída moral libre, de que tendremos que volver a pensar en medio de un trasfondo nuevo con resultados inciertos.”²

No sólo es un temor de Dworkin, es un temor generalizado al que tarde o temprano tendremos que dar una respuesta. *Gattaca*, en cualquier caso, nos servirá de estímulo en esa reflexión en búsqueda de una solución satisfactoria que compatibilice los medios que nos hagan más felices, con la supervivencia de nuestro lado más humano.

2. Dworkin, Ronald: *Virtud soberana*, op. cit., pág. 490.